

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

Eso intento con Helena, con imperfecciones, con enredos, con momentos en que valido más de la cuenta y momentos en que logro devolverle sus propias palabras sin ensuciarlas con las mías. La historia continúa. Como todo lo que importa, no termina acá. Continuará en próximas supervisiones y, probablemente, en muchas otras conversaciones después. Lo que sí queda dicho hasta aquí es que Helena rindió cuentas en un contexto que no le enseñó a hacerlo y que le exigía en cambio ser técnica. Que Tamara respondió con un «mírenme» que nombra con precisión lo que el sistema se niega a ver. Que las dos doliendo han logrado algo que ningún protocolo clínico habría conseguido, que es generar un espacio donde una denuncia empieza a ser posible. Y que los médicos, que creen estar apoyando, están, sin saberlo o sabiéndolo, sosteniendo el protocolo con su reparto de papeles binarios.

19. Fabiola y Agustina

*Mientras la culpa de las mujeres-madre se aviva como fuego en
monocultivo, los hombres-papá viven, en su gran inmensa mayoría,
completamente ajenos al fuego.
(ÍLG)*

Unos días después de un taller que ofrecí sobre estas ideas, Fabiola Morales me escribió para contarme que algo había cambiado. Que la idea de doler como logro colectivo le había permitido ver de otra manera lo que estaba viviendo su hija Agustina, de cuatro años, y que eso la había llevado a tomar una decisión que todo su entorno le decía que no tomara. Le pedí que nos juntáramos para que me contara la historia y para hacerle algunas preguntas.

Agustina nunca había ido a un jardín ni a un colegio. Fabiola y su familia la habían criado en casa, turnándose entre ella, su esposo Matías y los abuelos. Agustina nació con una condición médica que los hizo ser más cuidadosos. Cuando cumplió cuatro años decidieron que era momento de que conociera a

otros niños y la inscribieron en un colegio católico pequeño, cercano, que les habían recomendado. La madre superiora les cayó bien. Agustina después recordaría que las monjitas hablaban bajito y no retaban.

Los primeros tres días fueron de adaptación normal. El primer día Agustina dijo que ojalá al día siguiente hicieran una torta para celebrar que se acabó el colegio. Pero del cuarto día en adelante empezó a pasar algo que Agustina nunca había presentado. Llegaba a la casa y se tiraba al piso, gritaba, lloraba con una intensidad que Fabiola no le conocía. Agustina había pasado por los dos años sin que fueran «los terribles dos». Esto era otra cosa.

Le contó a su tía por videollamada, no a Fabiola, que los compañeros le pegaban. Que ya le habían pegado antes. Que les había dicho «para, eso no me gusta» y no paraban. Cuando Fabiola le preguntó qué quería que hicieran, Agustina pidió dos cosas: que le pidieran disculpas y que la cambiaran de puesto. Tiene cuatro años.

Al día siguiente, el miércoles, Agustina no quería entrar. Se derretía en la cama, aplazaba todo, y en el camino al colegio empezó a decir «no quiero entrar, no quiero ir al colegio, por favor no me dejen en ese lugar, no quiero volver». En la puerta del preescolar se agachó y le dijo a su mamá «por favor no me dejes aquí». Fabiola se agachó con ella, le dijo que se iba a quedar, que si quería llorar que llorara. Pero la profesora intervino. Le dijo a Agustina que sus papás se tenían que ir, que los estaba atrasando, que eso no se hacía. Fabiola le dijo que no tenía que trabajar, que se podía quedar. La profesora insistió.

Entonces la profesora la agarró. La tomó en brazos y se la llevó mientras Agustina gritaba «no, mamá, auxilio». Fabiola y Matías se quedaron en shock. Les dijeron que se fueran, que la profesora sabía lo que hacía. Fabiola escuchaba a su hija gritando detrás de las puertas cerradas.

Esa tarde la profesora los citó. Les dijo que lo que había pasado era culpa de ellos por no haber puesto los límites, por no haberse ido cuando tenían que irse. Les hizo firmar un papel. Cuando subieron al auto, Agustina se puso a

llorar. En la casa agarró a Fabiola del cuello con tanta fuerza que le dejó marcas. Fabiola entendió que era rabia.

Fabiola: Cuando salió del colegio y me vio me dijo «mamá, perdón, yo hablé con la profe y yo tengo la culpa porque ustedes se atrasaron». Y eso para mí fue como, no, hija, no tienes la culpa. Perdóname a mí por dejarte.

Le había escrito una carta y le había comprado un peluche, no comida, porque no quería fomentar la idea de que con las penas se come. Cuando le leyó la carta, Agustina dejó de aguantar y pudo llorar. El discurso que traía del colegio era «por mi culpa ustedes se atrasaron, lo pasaron mal». Lo que le habían dicho.

F: Me dijo «o sea, ahora si yo voy caminando por la calle y alguien me agarra, yo no puedo pedir ayuda». Todo eso me empezó a hacer bomba en la cabeza. Le dije, no, está entendiendo todo mal, esto no era lo que yo quería que aprendiera.

Lo que Agustina está haciendo a los cuatro años es exactamente lo que vengo describiendo como doler subversivo. Pedir que le pidan disculpas. Pedir que la cambien de puesto. Decir «para, eso no me gusta». Negarse a entrar. Tirarse al piso y gritar. Agarrar a su mamá del cuello con rabia cuando la dejaron en un lugar donde la estaban lastimando. Preguntar si ahora que la agarraron por la fuerza ya no va a poder pedir ayuda nunca más. Todo eso son actos de resistencia, formas de denuncia, protestas que tomaban la forma que una niña de cuatro años podía darles. Pero el colegio las leía como problema de adaptación y la familia las leía como desregulación.

Al día siguiente Fabiola la volvió a llevar pero le dijo algo distinto.

F: Le dije «hija, tú vas, pero si tú en la puerta del colegio no quieres entrar, tú no entras. Tú me dices 'mamá, no quiero' y nos vamos». Y me dijo «ya, pero yo voy a ir».

Agustina entró sola. Cuando la profesora se acercó a buscarla, Agustina le hizo con la mano que no y siguió caminando sin mirar atrás. Salía bien del colegio pero llegaba a la casa y se «desregulaba». Fabiola veía que se estaba

sometiendo a un sistema. Que había aprendido que protestar en el colegio no servía, que nadie la iba a sacar, así que guardaba todo para después. Su esposo le decía que estaba viendo cosas que él no veía. Su madre le decía que se tenía que acostumbrar, que así era el colegio, que si se la llevaba nunca más iba a querer ir.

F: En ese minuto sentí que solo yo lo podía ver.

El sábado fue el taller. Fabiola escuchó la idea de doler como logro colectivo y algo se movió.

F: En el taller yo pensaba en lo que tú hablabas y decía, yo no estoy tan mal realmente. La Agustina está haciendo sus actos de resistencia y la estamos obligando a decir que aquí no pasó nada. Ella todo el tiempo me decía «ellos no me pidieron disculpa, la profe no me ha pedido disculpa».

Ítalo: Interpretar las acciones de Agustina como actos de resistencia, no como desregulación, sino como protestas, como denuncia.

F: Como protesta, totalmente. Ella estaba en su espacio seguro también, porque se dio cuenta de que si se tiraba al piso en el colegio eso ya no iba a funcionar, que más encima le iba a traer algo más doloroso. Pero tiene cuatro años y yo digo, ¿por qué a los cuatro años tiene que aprender así?

F: Me quedé pensando demasiado en lo que hablabas, en mirar esto como que las personas se duelen pero eso no es malo. En lo que me decía mi familia, de que ella se tiene que acostumbrar porque les pasa a todos los niños, pero yo no puedo seguir normalizando que porque le ha pasado a otros antes está bien.

El lunes Fabiola tomó la decisión. Le dijo a Agustina que ese era su último día de colegio. Pero no se lo dijo como «te saco porque estás mal» sino como algo que se termina, igual que los talleres que Agustina ya conocía.

F: Le dije «Agus, ¿te acuerdas del taller de ballet? Inició y terminó. El colegio también ya inició y hoy día se acaba. Hoy es tu último día, te tienes que ir a despedir».

Agustina fue feliz. Se despidió de todos. Nadie entendía nada porque no lo habían comunicado al colegio. Ese mismo día visitaron otros jardines y encontraron uno Montessori donde la directora les dijo algo que para Fabiola fue el contraste más nítido posible: «que ella vaya a explorar y que ella decida si quiere quedarse aquí. Si no, no».

Entonces le pregunté a Fabiola de dónde había salido esa decisión, porque no venía de su crianza. Ella creció en una familia muy autoritaria. Su padre le elegía la ropa hasta la adolescencia.

Í: Si eso no fue de tu papá, ¿de dónde habrá salido que tú tomaras esa decisión y no otra, como de ver a Agustina y escucharla?

F: Creo que salió como de un mosaico de cosas. Yo estudié odontología, una carrera muy tradicional, cuando quería estudiar psicología, y en cuarto año dije no quiero más esto y me cambié.

Í: Como Agustina. Como te saliste del colegio en la mitad, no importa lo que hayan gastado.

F: No importa.

Y mencionó a su prima Pamela Moreno, que siempre había sido la rebelde de la familia. Pamela fue quien le dijo «sal de todos los lugares donde no te sientas cómoda, tanto tú como Agustina, aunque todos los demás te digan que sí, si no es para ti, no es para ti». Pamela fue quien, cuando Agustina nació con su condición médica y todo el mundo decía «qué lástima», le dijo «felicidades, eres mamá, bienvenida». Fabiola la admiraba desde niña. Cuando sus padres se separaron y ella tenía cuatro años, la misma edad de Agustina, se escapaba por la reja de su casa y cruzaba a la de Pamela. Su padre le tenía prohibido verla.

Í: Pamela es parte de ese colectivo que te permite doler por no estar en los lugares, y validar ese doler como una protesta, como algo importante a considerar y no como una debilidad o un fracaso.

Pero lo que ocurrió después de sacar a Agustina del colegio es lo que hace de esta historia un ejemplo de doler como logro colectivo en el sentido más preciso del término.

Fabiola le contó a su madre Hilda que había decidido sacar a Agustina. Le costaba porque sentía que era un fracaso, que iba en contra de lo que le habían dicho, que había implicado un gasto. Le dijo llorando «mamá, perdóname, no voy a seguir con Agustina ahí». Esperaba que Hilda le dijera que estaba mal, que por qué no le hacía caso. Hilda se puso a llorar y le dijo algo que Fabiola no esperaba.

F: Mi mamá me dijo «hija, perdóname, porque yo no pude ser tan valiente como tú de sacarte de los espacios donde tú no te sentías bien cuando eras pequeña».

Lo que le estaba pidiendo perdón era por no haber hecho con ella lo que Fabiola estaba haciendo con Agustina. No era culpa. Era un reconocimiento de algo que llevaba décadas sin nombrarse.

Hilda empezó a contarle la historia a otras personas. Y entonces pasó algo que Fabiola no anticipó.

F: Le contó a su pareja y él en vez de opinar de Agustina empezó a opinar de él. Dijo «oye, yo también viví eso con mi hijo en el colegio, pero yo no hice nada, tuve que haber hecho algo, cuántas veces sufrió, cuánto daño le hice». La vecina igual. Al final la gente en vez de fijarse en la historia y decirnos si estaba bien o mal, empezaban a conectar con algo de ellos que habían pasado en el colegio o en el jardín.

El cuñado de Fabiola, padrino de Agustina, se enteró y le preguntó a su propia madre: «¿y por qué cuando yo lloraba todos los días y me tenías en ese gallinero tú nunca me sacaste?». La hermana de Fabiola, que vive en Estados Unidos, habló con amigas allá y ellas empezaron a cuestionar cosas del sistema educativo de su país. Cada persona que escuchaba la historia conectaba con algo propio que tenía guardado.

F: Por eso el taller, como ese logro colectivo, porque al final la gente empezó a sacar cosas que quizás tanto de sus hijos como de ellos mismos tenían guardadas y ni siquiera se habían cuestionado o no habían visto un espacio para decirlo.

Í: Agustina y tú, eso es parte del colectivo. Las relaciones históricas, sociales, han hecho que otras personas duelan, expresen su dolor por no haber sido sacados del colegio, o por no haber sacado a sus hijos del colegio, o como tu mamá también.

Me interesa la secuencia. Agustina protesta con los medios que tiene a los cuatro años. Fabiola escucha esas protestas pero al principio las lee como «desregulaciones», como algo que le pasa a Agustina, no como algo que Agustina está haciendo. El taller le ofrece otra lectura y eso le permite tomar una decisión que su entorno le decía que no tomara. Esa decisión abre un espacio donde Agustina puede doler, donde ya no tiene que aguantar ni enmascarar. Y entonces vienen las pesadillas.

F: Gracias al taller yo me pude anticipar. Van a venir las pesadillas, va a parecer que está peor cuando en realidad está procesando.

Agustina nunca había tenido pesadillas. Empezó a tenerlas después de que la sacaron del colegio, no mientras estaba ahí. Mientras estaba ahí se disciplinó. Entró sola, no miró para atrás, aguantó toda la jornada y guardó todo para después. Las pesadillas vinieron cuando hubo espacio para doler. Se despertaba gritando «no, no me lleven, por favor, suéltense, auxilio». Soñaba exactamente lo que le habían hecho. Eso es lo que en páginas anteriores he descrito como imágenes disociadas buscando asociación, memorias que vienen a recuperar nombres, rostros y lugares de lo que estuvo mal y que estaban guardadas porque no había un contexto seguro donde pudieran expresarse.

Fabiola también perdió la voz. No metafóricamente. Le pasaba igual que a su madre Hilda, que cuando algo le provocaba una angustia grande se quedaba sin voz. Y entonces Agustina empezó a hablar por ella. Le traducía las señas. Un día Fabiola le hizo un gesto con la mano sobre la miel del té y Agustina le dijo a Matías: «mi mamá dice que no come salado en la mañana, que quiere dulce pero no quiere la miel». Matías le preguntó «¿cuándo te dijo todo eso si le hizo como tres señas?».

Í: Eso que dices de que ahora es ella la que tiene que hablar, la que tiene que decir, que es su momento. Es como si tú le hubieras hecho espacio a su voz cediendo la tuya.

F: Sí. Yo de chica viví que mi mamá decía «¿estás triste?, yo también estoy triste, yo como mamá la estoy pasando peor». Y aquí era lo contrario. Hasta la voz se me va para adentro porque ahora es ella la que tiene que hablar.

Í: Agustina hizo posible cambiarla de colegio porque tú le hiciste posible protestar. Le respondiste a su protesta con cariño y no con disciplina y control. Y cuando le dijiste «si no quieres entrar me dices y nos vamos», era como haberle dicho «ya entendí tu llanto, me lo puedes decir, ten la seguridad de que si me lo dices me voy a ir contigo, no te voy a dejar de nuevo con la profesora».

F: A veces nos hablan antes de llorar, muchas veces, pero no siempre los escuchamos. Entonces a veces tienen que ocupar ese recurso de ya basta. Decirle «dímelo» no es solo darle la oportunidad de hablarlo, es decirle que la voy a escuchar.

Í: Ni siquiera te lo tiene que explicar más. Tiene que hacer un pequeño gesto para que las cosas cambien porque tú la vas a entender. Como cuando ella te traduce la miel con tres señas.

La última pregunta que le hice fue por Hilda.

Í: ¿Qué habrá hecho posible que tu mamá respondiera como respondió y no como pensabas que iba a responder? ¿Qué sabe tu mamá de la vida que la hizo conectarse tan rápidamente con el hecho de que le hubiese gustado escucharte más y sacarte de los lugares donde no querías estar?

F: Podría especular que son dos cosas. Una, que mi mamá es una mujer que ha escuchado muchas voces, se dedica a apoyar a otras personas en momentos difíciles y eso ha cambiado partes de ella. Pero por otro lado es haberse encontrado con esta nieta. Ella vive con nosotros, la ha visto crecer. Mis hermanos, por mucho que fueran rebeldes, igual se sometían a mi mamá. Pero Agustina no. Y a veces cosas que para mi mamá eran ser

maleducado, yo le explicaba por qué lo estaba haciendo Agustina, le daba el subtítulo, y mi mamá decía «bueno, igual tiene razón».

Fabiola me contó que cuando Hilda se enojaba y les hacía la ley del hielo, Agustina la seguía hasta su pieza y le decía: «bueno, Wii, cuando se te pase el enojo podemos volver a conversar, por mientras te vas a quedar en tu pieza». Y le cerraba la puerta. Agustina hacía con su abuela algo que ni Fabiola ni sus hermanos habían podido hacer nunca. Y Hilda, en lugar de castigarla, se quedaba pensando.

Tres generaciones de mujeres están en esta historia. Irene Veas, la madre de Hilda, de quien no sabemos lo suficiente pero cuyo silenciamiento probablemente alimentó el de su hija. Hilda, que no pudo sacar a Fabiola de los lugares donde no quería estar y que treinta años después le pide perdón. Fabiola, que saca a Agustina del colegio porque escuchó su protesta y la leyó como lo que era. Y Agustina, que a los cuatro años protesta con todo lo que tiene, exige disculpas, se niega a aceptar que la agarren por la fuerza, le hace la ley del hielo a su abuela con una claridad que desarma, y cuando su mamá pierde la voz, habla por ella.

El doler de Agustina hizo posible que Fabiola tomara una decisión política sobre la vida de su hija. Esa decisión hizo posible que Hilda nombrara algo que llevaba décadas sin nombrar. Ese nombramiento hizo posible que el cuñado le preguntara a su propia madre por qué no lo sacó del gallinero. Que la pareja de Hilda se preguntara por su hijo. Que la hermana en Estados Unidos cuestionara el sistema de allá. Cada persona que escuchó la historia conectó con algo propio y empezó a doler por cosas que el sentido común le había dicho que eran normales, que así era, que había que acostumbrarse.

Eso es el doler como logro colectivo. No porque el dolor sea bueno ni porque haya que buscarlo. Sino porque cuando una protesta es escuchada en lugar de silenciada, cuando alguien responde al doler de otra persona honrándolo en vez de disciplinándolo, se abren posibilidades que estaban clausuradas. Y esas posibilidades no se quedan en la persona que dolió primero. Se mueven.

Llegan a lugares que nadie anticipó. Toca historias que llevaban mucho tiempo guardadas esperando un contexto donde pudieran ser dichas.

Me suelen preguntar cómo se trabaja con niñas. Y la respuesta es que no es muy distinto de cómo se trabaja con cualquier persona. Se trata de honrar sus expresiones de dolor como acciones con sentido, no como síntomas de desregulación. Se trata de preguntar qué están protestando, qué están denunciando, qué están cuidando cuando se tiran al piso, cuando gritan, cuando se niegan, cuando piden disculpas que no llegan, cuando dicen «para, eso no me gusta» y nadie para. Y se trata de responder a esas protestas de maneras que no reproduzcan el silenciamiento sino que lo interfieran. Fabiola no necesitó una técnica especial para niños. Necesitó una mirada que le permitiera ver las acciones de su hija como lo que eran y responder desde ahí.

Ximena

Ximena tenía cuarenta y un años cuando empezamos a conversar. Entre varias de las cosas que me comentó al comienzo estaba la culpa que sentía frente a las expresiones de su hija, que ella veía como la reproducción de una serie de angustias, penas y dificultades que sentía haberle heredado, que la niña había sacado de ella. Su comprensión inicial era la de una herencia casi genética, a propósito también de los diagnósticos de bipolaridad, de trastorno límite de la personalidad y de otros que había ido recibiendo a lo largo de su historia de búsqueda de ayuda por una serie de abusos que había vivido.

A esa altura le fui haciendo algunas preguntas acerca de las acciones abusivas que había vivido, tuvimos conversaciones en torno al consentimiento, en torno al protocolo patriarcal del silenciamiento, conversaciones con preguntas y andamiajes que he ido compartiendo en este texto. Y entonces traté de indagar si esas comprensiones de sus formas de vivir, de los miedos, de las angustias, de esos períodos más eufóricos o esperanzados y de esos otros más desesperanzados y faltos de energía, eran también formas de responder a los abusos, a las amenazas, a las voces implícitas que quedan rebotando en experiencias como estas.

Empezamos a hablar de su relación con su hija. De lo que, lejos de lo que a ella le habría gustado, dice que fue incapaz de hacer, como pasar más tiempo del que pasaba con ella o abrazarla más de lo que la abrazó. Y hablamos también de todas las cosas que sí hizo a pesar de sus fantasmas, a pesar de esas voces amenazantes y humillantes.

No fue una sola conversación, fueron varias. En una de ellas, un día, me dijo que todo esto tenía mucho sentido y que se sentía como hacer justicia, entender que ella creó, a pesar de todo lo que el abuso quería para su vida, y que muchos de los miedos y angustias de su hija, que ahora tiene quince años aunque trazamos la historia desde que nació hasta los quince, eran el impacto directo de quienes habían decidido abusar, y que en toda esta historia habían permanecido completamente invisibles.

Comparto un fragmento de lo que me dijo hacia el final de uno de esos encuentros.

«Me culpabilizaba porque sentía que le había traspasado toda mi ansiedad, mis crisis que me daban y un montón de problemas a mi hija, y yo soy superconsciente, de hecho por eso lo estoy identificando, porque me duele. Pero también las conductas de la Renata, lamentablemente, eran efecto de los abusos que me habían hecho a mí, y eso estaba presente, y mi maternidad estaba cruzada por los efectos de la violencia, bueno, de la violación, del abuso y más, estaba atravesada por eso, como que no era yo la que estaba maternando. Y al contrario, mi resistencia, la de identificar lo que sí estoy haciendo, decir bueno, no quiero hacerle daño a mi hija y quiero cuidarla, ya era una forma de resistir también a esta historia de abuso. Es decir, que la Renata, que ella no haya estado bien, está atravesada por esto. No sé si llamarla una víctima, pero tiene el impacto, los efectos de mi historia de abuso, de mi propio abuso. Lamentablemente, todo esto en este sistema de mierda.»